

UN CUENTO DE NAVIDAD

*El pueblo que andaba a oscuras vio
una luz intensa.
Los que habitaban un país de sombras
se inundaron de luz.*

(Isaías)

La noticia había corrido como la pólvora por el mundo entero. Esta vez era de verdad. No se sabía cómo ni donde, pero todos estaban seguros de que sucedería, con esa certidumbre inexorable con que el día sigue a la noche. Iba a ocurrir, estaba claro.

Por toda la tierra se extendía una tensa expectación mezclada de temor y cautela. ¿Y si no...?. Pero era imposible; esta vez sí; esta vez era verdad.

Lo sabían en su corazón, y en el aire vibraba como un inmenso latido. Las gentes se hablaban en voz baja. Las familias se recogían en los hogares y las calles se iban quedando desiertas poco a poco. Las tiendas se vaciaban y cerraban sus sólidas puertas enrejadas. Los automóviles quedaban abandonados en los mismos lugares insólitos en que sus ocupantes se sintieron acometidos de un ciego deseo de regresar a casa.

Circulaban extraños rumores. Se decía que en el campo las bestias volvían solas a los establos, las aves buscaban los viejos nidos abandonados y las alimañas se refugiaban en sus parideras secretas.

Por todas partes estalló de repente el silencio de máquinas que enmudecían y motores que dejaban de zumbar. Las luces de neón se apagaron a medio guiño, los televisores fundieron en negro con un extraño clic y las radios quedaron sin voz. Los teletipos cesaron de ametrallar el papel, las rotativas patinaron en sus titulares de muerte y las luces de las casas se quedaron oscilando como velas encendidas.

Y, curiosamente, el miedo se desvaneció. En cada casa, cada hombre, cada mujer, cada niño, se acercó a la ventana inundado de un punzante anhelo. Y el aire estaba quieto y tenso, como de cristal, y la noche tirante como una carpa.

Entonces pasó: Una gran luz fulguró de punta a punta del horizonte inundando las sombras, entrando como un cuchillo por el cerebro y el corazón de los hombres. Y todos creían que no podían resistirlo más. Y la luz se hizo un gran fuego que lo arrollaba todo, y todo lo abrasaba y consumía, difundiendo un dolor ardiente y antiguo que en cada uno encendía olvidadas emociones, mientras los cimientos del mundo se conmovían y oscilaban.

Y fue así como lo supieron. El Niño había caído del cielo, estallando en un pesebre abandonado cerca de la gran ciudad. Las radiaciones lo habían arrasado todo y no había quedado piedra sobre piedra. Nadie estaba a salvo de aquel fuego devorador: El egoísmo y la injusticia se derretían como las avalanchas al llegar el deshielo, arrastrando guerras y hombres y miserias; los terroristas recargaban de flores sus metralletas; los políticos dimitían en bloque y de su boca se escapaban verdades como palomas asustadas; en las familias dejaban de sangrar las heridas; los enamorados redescubrían en los ojos aquella luz antigua y pura de los orígenes de la creación; las madres abrazaban como locas a los niños no queridos de la última promoción de abortos legalizados; las prostitutas y proxenetas se hacían como niños; los traficantes de armas llenaron de trigo sus almacenes ocultos y los fabricantes de drogas hicieron pan en sus laboratorios secretos.

Y todos, todos, se sintieron contaminados, intoxicados irremediablemente y para siempre, de aquella radiación abrasadora, desfalleciendo, enajenados, de la extravagante locura de ser mejores.

Un Amigo de El Paular

Navidad de 1986